

Capítulo 22

Los movimientos fascistas

Muchos historiadores y ensayistas proponen llamar al periodo entre las dos guerras mundiales la “época del fascismo”. En efecto, al calor de la crisis planteada por el desarrollo y término de la Primera Guerra Mundial surgieron, en buen número de países europeos, condiciones políticas con una serie de particularidades más o menos comunes, que se caracterizan como fascismos o, más precisamente, como formas de “Estados capitalistas de excepción”.

Cuando la democracia liberal no puede solucionar una situación de agudas contradicciones, entre las distintas clases sociales que amenazan el poder de las clases burguesas dominantes, estas fuerzas recurren a *formas de excepción*, concretadas en dictaduras militares o civiles, que les permiten mantenerse en la cumbre del poder político.

Resoluciones de la crisis planteada tras la Primera Guerra Mundial

Al finalizar la contienda surgieron nuevos problemas que se unieron a los que tradicionalmente arrastraba cada nación. La reconstrucción de la industria, las dificultades económicas —mucho mayores en los casos de países con deudas de guerra y reparaciones—, la reconversión de una parte muy importante de los participantes en la guerra a las formas de vida civiles hicieron que la población exigiera medidas rápidas y contundentes para poner fin a dicha situación. Las democracias liberales de algunos países se mostrarían incapaces para emprender medidas urgentes. La situación social se vio seriamente transformada: las oligarquías industriales y financieras se enfrentaron a un movimiento obrero que se organizó de forma revolucionaria a escala mundial —la Tercera Internacional—, envalentonado por el triunfo de la Revolución Soviética; en otro sentido, la guerra había propiciado un elevado espíritu nacionalista y un desclasamiento de amplios sectores de la población, desarraigados de sus trabajos habituales cuando fueron movilizados. Todo esto, unido a la crisis económica, favorecería que en las naciones con un sistema político más débil se produjeran graves luchas sociales para la conquista del poder político. La democracia parlamentaria sufriría una crisis al no tener posibilidades de mantenerse en una contienda tan aguda. Las fuerzas revolucionarias triunfadoras en Rusia se impusieron en el poder soviético. En los dos países europeos de más débil tradición liberal-burguesa —de reciente unificación y creación como nación— se impusieron, tras la derrota de un potente movimiento obrero, regímenes autoritarios, primero en Italia y más tarde, y con notables repercusiones de la

importante crisis económica de 1929, en Alemania. El resto de Europa —España, Polonia, Portugal, Yugoslavia— enfrentaron también dicha situación, pero sólo Italia y Alemania desarrollaron al máximo estas formas de “Estados capitalistas de excepción”. De ahí su importancia como modelos.

El fascismo italiano

Crisis de la democracia burguesa

A pesar de contarse entre los vencedores de la Primera Guerra Mundial, los resultados de los tratados de paz no habían sido favorables para Italia. No sólo porque no llegó a anexionarse nuevos territorios, sino porque el endeudamiento económico con los aliados hizo que los esfuerzos importantes se dirigiesen a cubrir esos préstamos.

La situación económica se agravó notablemente: las grandes empresas no fueron debidamente sostenidas por los gobiernos, únicamente preocupados por el endeudamiento exterior, y los obreros del campo y de la ciudad se vieron sorprendidos por un alza de precios notablemente superior a la de sus salarios y por un alarmante número de huelgas. La agitación alcanzó altos niveles de radicalización, tanto en el campo como en la ciudad. Los obreros agrícolas no habían visto cumplidas las promesas de reparto de tierras y, organizados en la Federación Nacional de Trabajadores Agrícolas (un millón de miembros de 1920), llevaron a cabo numerosas invasiones de tierras en las zonas de latifundio, organizándose repartos e imponiendo a los propietarios las condiciones de trabajo. En las elecciones generales de 1919 el voto campesino daría grandes éxitos a los socialistas. En las zonas industriales la agitación fue muy intensa. A partir de la primavera de 1919 tomaron fábricas y hubo huelgas. En ocasiones se instauraron *soviets* y los trabajadores dirigían la gestión de las empresas.

El movimiento revolucionario no fue el único efecto de la crisis producida por el término de la guerra. El desempleo y la nostalgia de las actividades heroicas influyeron en un amplio número de ex combatientes, que no se habían readaptado a la vida civil. Este grupo social sería un terreno abonado, bien para participar en las gestas “gloriosas” de protesta contra el reparto de los territorios tras la guerra (Fiume, que no había combatido incorporada a Italia, sería ocupada por cuerpos creados a partir de esta base social bajo la dirección del poeta Gabriele D’ Annunzio), o para constituir grupos armados, empleados y financiados por los industriales, como fuerza de choque contra el movimiento revolucionario.

Hay que recordar que las discrepancias en Italia, con motivo de su participación o no en la Primera Guerra Mundial, habían sido más intensas que en otros países. Las discusiones estaban centradas entre los neutrales (liberales, socialistas) y los intervencionistas (Partido Nacionalista), con G. D’ Annunzio a la cabeza, que pretenden anexarse algunos territorios austriacos y de la costa adriática.

La vida política italiana tuvo tres corrientes fundamentales:

1. El Partido Socialista Italiano, con gran fuerza, consiguió en las elecciones de noviembre de 1919 un número muy alto de escaños en el Parlamento. Al igual que muchos partidos socialistas europeos, sufrió una escisión en 1921. Los comunistas partidarios de la federación a la Tercera Internacional se separaron de él. La figura más importante fue Antonio Gramsci, quien terminaría su vida en las cárceles de Mussolini.
2. El Partido Popular Italiano, de inspiración católica, pero no confesional, que agrupaba a individuos de distintas ideologías, si bien dentro de posturas definidas como moderadas. Tuvo importancia entre las zonas rurales al proponer una reforma agraria algo radicalizada. Fue el primer partido demócrata-cristiano europeo.

3. Los partidos gubernamentales (liberales, moderados), que representan a las diversas fracciones de la burguesía, divididos desde antes de la guerra en intervencionistas y neutralistas. Estos partidos se habían sucedido en el poder desde 1919.

La inestabilidad ministerial había sido constante después de la guerra. En las elecciones de 1919 los socialistas y los *popolari* (miembros del Partido Popular Italiano) habían alcanzado un claro éxito. Sin embargo, el gobierno de unión nacional, presidido por Giolitti, sin participación socialista, fue incapaz de detener la situación.

Las intimidaciones de las escuadras fascistas subieron cada vez más de nivel: atentados contra líderes políticos y sindicales, contra periódicos y sedes de partidos. La Cofindustria, organización unitaria patronal, aumentó su apoyo financiero a los partidarios de Mussolini, como medio para liquidar la agitación obrera. Estas mismas intimidaciones consiguieron en las elecciones, celebradas en mayo de 1921, aumentar el número de diputados fascistas (Mussolini entre ellos). Los votos socialistas también disminuyeron por las divergencias entre las diversas fracciones del Partido Socialista sobre la amplitud y duración de la lucha revolucionaria. Ésta sufrió un reflujo que no remontaría sino hasta agosto de 1922, cuando se convocó a una huelga general, como protesta contra la violencia fascista. La patronal no estaba dispuesta a soportar una nueva escalada, y Mussolini sólo contaba con la acción directa, ya que los resultados parlamentarios no le beneficiaron: para 35 diputados fascistas había 122 socialistas, 16 comunistas, 107 *popolari* y 240 gubernamentales, que tomaron forma bajo una “marcha sobre Roma”. Ésta consistió en poco más de 3 mil hombres de las escuadras fascistas, que podría haber sido fácilmente detenida por la guarnición romana, pues no contaba con la dirección física de Mussolini, cuyo éxito consistió en que el rey, con la excusa de “evitar derramamiento de sangre” y persuadido de que con Mussolini mantendría su Corona, le llamó para formar gobierno. La burguesía tenía un nuevo salvador.

El sistema parlamentario enfrentó una situación que no lograba controlar con sus medios habituales. Entre una polarización de posturas cada vez más radicalizadas, y en las que estaban implicadas, con posturas encontradas, las clases fundamentales de la sociedad, no podía mantenerse un sistema parlamentario que tardaba en resolver los problemas. Los hombres y los partidos que mantenían el sistema liberal habían sufrido una profunda crisis de representación, ante la mayoría de la población por su probada falta de eficacia ante situaciones tan antagonizadas. La solución se exigía radical.

El surgimiento del fascismo

Tras la guerra mundial, una amplia capa de la población desmovilizada del ejército, desempleada y desarraigada con respecto a sus formas de vida civiles, adoptó una serie de ideas que, si bien habían sido formuladas antes del desarrollo bélico, cobraron fuerza y profundidad con la crisis que siguió a la contienda. Éste sería el caso del nacionalismo a ultranza que antes defendían los intervencionistas, y que luego sería patrimonio del nuevo movimiento. Pero, además, con la idea de un todo nacional que sirviera para borrar las diferencias de la sociedad en la que operaban diversas clases con distintos intereses, considerando que lo que es bueno para la nación es bueno para todos los habitantes.

Coincidiría esto con cierta crisis del pensamiento nacionalista y una hipervaloración de conceptos como la fuerza, la irracionalidad, la no necesidad de una doctrina y la acción por la acción.

Con estas fuerzas humanas y esa base ideológica, Mussolini emprendió el camino que lo llevó al poder.

En marzo de 1919 fundó los *fasci di combattimento*. Su fundación coincidió con el auge del movimiento revolucionario en toda Italia. Su programa fue revolucionario al destruir el orden burgués establecido. Era ideológicamente reaccionario, en tanto que se proponía reconstruir la sociedad y el Estado sobre bases tradicionales, pero conservando la misma clase dominante.

Las escuadras entraron rápidamente en acción. Los grandes industriales eran conscientes del papel que contra el movimiento obrero podían tener dichas organizaciones. El apoyo de la

Cofindustria llegó con prontitud; esto, unido a la inercia de las fuerzas policiales y, en última instancia, a la complicidad del Estado liberal, amedrentado por la lucha obrera, hizo que los *fasci* lograran rápidos éxitos en sus atentados contra los socialistas y sus *razzias* contra centros de reunión. Sin embargo, el movimiento fascista tardaba en despegar; en las elecciones de 1919, en Milán, Mussolini consiguió menos de 5 mil votos, y el candidato socialista, 170 mil. Con el reflujo del movimiento revolucionario, el fascismo experimentó un ascenso, y en noviembre de 1921 Mussolini fundó el Partido Nacional Fascista.

Ante un nuevo auge del movimiento obrero, las escuadras fascistas rompieron violentamente una huelga general. Las organizaciones obreras, a pesar de la tardía creación de sus propios grupos armados, los *arditi del popolo*, fueron desmanteladas. Tras el simulacro de la marcha sobre Roma, Mussolini se encontró al frente del gobierno.

Los comienzos del régimen

Mussolini formó un gobierno de minoría fascista, con participación de hombres de los partidos gubernamentales y *popolari*.

Era manifiesto que el gobierno estaba decidido a tranquilizar a los grandes industriales y a prometer que se mantendrían y afianzarían sus privilegios y se protegerían sus intereses, no dejando resurgir el movimiento obrero. Por ello, se mantuvo el Parlamento, pero se suprimió el derecho a la huelga.

De 1922 a 1925 se fueron dando pasos hacia adelante, hasta finalizar con la adopción, en lo político, de un Estado totalitario, y en lo económico, de un sistema que favoreciera a los grandes industriales.

En el Parlamento, Mussolini consiguió que se le cedieran plenos poderes durante un año. Durante ese periodo se elaboró una ley electoral, y la Cámara fue obligada a disolverse y a celebrar nuevas elecciones legislativas. Los fascistas, gracias a una ley electoral que les era favorable y a la campaña terrorista montada por sus escuadras, obtuvieron una absoluta mayoría: 65 por ciento de los votos. A partir de entonces el Parlamento sería un instrumento amañado, donde no se permitirían las voces que denunciaran a la antidemocrática mayoría que con estos métodos había conquistado el poder. Y cuando una voz se dejara oír acusando al gobierno de manipulación electoral, se acabaría con ella (como ocurrió con el diputado socialista Matteotti, autor de la denuncia, quien fue secuestrado y asesinado por escuadristas. La aceptación del hecho por Mussolini y la indiferencia del rey hizo que los escasos diputados de la oposición se retiraran de la Cámara legislativa). La prensa de la oposición también fue reducida, los escuadristas continuaron su reinado de terror y se comenzó a legislar por decreto. Más tarde se disolvieron los partidos. El aparato de Estado se desprendía de sus últimos vestigios de liberalismo y articulaba el régimen fascista.

En la esfera económica, pronto se acabarían los vagos intentos revolucionarios que los *fasci italiani di combattimento* inicialmente habían incluido en su programa. En el programa del Partido Nacional Fascista se hablaba de la importancia de la propiedad privada, y se abandonaban las ideas anteriores de gestión de los trabajadores en las empresas. Se había llevado a cabo una alianza entre el fascismo y el gran capital que había financiado el movimiento; los industriales esperaban reducir los salarios y mantener a flote sus empresas, en una situación de crisis, gracias a la ayuda del gobierno. Hubo una inmediata reforma fiscal que suprimía gravámenes sobre los beneficios de las empresas, las herencias y que hacía recaer las presiones fiscales sobre los salarios medios y bajos. Los monopolios del Estado se cedieron a particulares, y para estimular las inversiones privadas, se declararon libres de impuestos los capitales extranjeros invertidos a largo plazo.

Los intereses de las clases media, obrera y campesina quedaron sojuzgados.

El Estado fascista

El objetivo fundamental del Estado se fundó en el engrandecimiento de la nación italiana. Para ello sería preciso desembarazarse de todo lo que pudiera desviarse de este camino: lucha de

clases, divergencias políticas. La doctrina fascista no estaba elaborada de antemano, se fue haciendo en la medida en que los acontecimientos lo exigían. La primacía del Estado y del jefe, el *duce*, fueron las premisas que sirvieron de aglutinante a un conjunto de teorizaciones.

Se mantuvieron una serie de elementos heredados del Estado liberal, aunque perderían su función propia y se convirtieron en una sombra de lo que representaron. El Senado fue nombrado por el rey y los senadores carecían de poder político; la cámara de los diputados se eligió por plebiscito a partir de una lista de nombres, emitida por el Gran Consejo Fascista, quien a su vez los seleccionó depurándolos de una propuesta hecha por las corporaciones.

En 1930 esta situación cambió y se sustituyó por un organismo, denominado Cámara de los Fascios y las Corporaciones, propuesta únicamente por dirigentes fascistas con una función meramente consultiva. El rey mantendría su corona, pero adoptaría un papel puramente representativo. El poder lo ejercería directamente el *duce*, que sólo era responsable ante el rey, y que tenía facultades para nombrar y separar a sus ministros; era asistido por el gran consejo fascista, donde se encontraban los elementos más representativos del Partido Fascista. Éste, por supuesto, era único y pertenecer a él fue, en la mayoría de las ocasiones, un requisito para encontrar o mantener un puesto de trabajo.

A todos los niveles de la sociedad se les exigía la adscripción a alguna organización que estuviera dirigida por el partido único. Lo más significativo en este sentido fue el corporativismo social, que agrupaba en un sindicato único a patrones y obreros, quienes en común establecían las negociaciones colectivas que regulaban los salarios y las condiciones de trabajo. Más tarde, en 1934, los sindicatos fueron integrados en grandes corporaciones, de las que saldrían los delegados para asistir al Consejo Nacional de Corporaciones, cuyo papel sería preponderante en la vida política.

El adoctrinamiento, en especial de la juventud, en la fidelidad y el conocimiento del régimen fue una de las realizaciones esenciales. Organizaciones como la Opera Nazionale Balilla, que agrupaba a los niños de entre los cuatro y 14 años, y otras encargadas hasta del control del ocio y de las diversiones, mediante centros como la Opera Nazionale do Polavaro (4 millones y medio de miembros en 1939), demostraban que los gobernantes habían tejido una espesa red de la que difícilmente podría escapar algún ciudadano. Por supuesto, para enseñar en las escuelas y universidades se exigía el carné del partido; sin embargo, fracasaron los intentos por desarrollar una cultura fascista, pues la producción intelectual estuvo al margen o, la mayoría de las veces, en contra del fascismo. Los novelistas Pavese o Moravia o el teórico comunista A. Gramsci bastan como ejemplos.

La antigua clase dirigente siguió manteniendo sus posiciones de privilegio en todos los terrenos. Por su adhesión al Partido Fascista, algunos elementos de las clases medias ocuparon altos puestos en la dirección del Estado, aunque con ello no se benefició el conjunto de dichas clases. Si bien el nivel de las clases populares alcanzó alguna mejoría, sobre todo hasta 1930, su capacidad de organización y movilización para la conquista de sus derechos fue nula; en la organización corporativa el Estado siempre apoyó a los grupos patronales, en detrimento de los obreros.

Política económica del fascismo

Mussolini buscaría una explosión demográfica que le sirviera de pretexto para sus aventuras imperialistas. Se premió a las familias numerosas, se establecieron impuestos a los célibes y, sobre todo, se restringió la emigración. El aumento de población en algunas regiones hizo peligrar la economía.

Se distinguen tres fases en la gestión económica:

1. De 1922 a 1927 se tomaron una serie de medidas de corte liberal: se abandonó la política intervencionista impuesta por la guerra y se favorecieron las inversiones privadas. Además, se superó la crisis económica de 1920-1921 y se llegó al florecimiento de la economía, rasgo que encontramos en toda Europa a inicios de la década de 1920.

2. A partir de 1926-1927, el *duce*, por razones de prestigio internacional, pretendía mantener fuerte la moneda y comenzó la época de las grandes realizaciones. La economía entró en un periodo intervencionista y de grandes obras públicas: electrificación de vías férreas, construcción de autopistas, desecación e irrigación de tierras. Para impedir la devaluación de la moneda, se limitaron las importaciones; se aumentó la producción de trigo hasta hacerla suficiente para cubrir las necesidades del mercado nacional, al igual que con la del acero, etcétera. Tales medidas paliaron de forma importante el desempleo.

La crisis de finales de la década de 1920 llegó a Italia hasta 1932, y contribuyó a aumentar la política autárquica. Las exportaciones cayeron, además de la crisis internacional, por causa de la sobrevaloración de la lira; descendieron la producción y los salarios; quebraron empresas industriales y financieras. El gobierno, con el apoyo de los empresarios, se vio obligado a subir los derechos arancelarios y a restringir los intercambios internacionales. El Estado concentró muchas industrias en sus manos e intervino directamente en la vida económica de la nación; todo ello teniendo como principal finalidad mantener el prestigio monetario en el ámbito internacional.

Política imperialista

La política exterior de Mussolini fue expansionista y agresiva. Su aventura más llamativa, la guerra de Etiopía, sería la expresión máxima de esta política y serviría, además, para intentar dar una salida a la crisis económica que enfrentaba.

Desde el final de la guerra mundial, Mussolini no cesó de expresar la necesidad de que se revisaran los tratados de paz. La política exterior italiana fue pródiga en actos que afirmaban su vocación de expansión territorial a toda costa. En 1923 la escuadra italiana ocupó Corfú sin el consenso internacional y fue obligada a abandonar la isla. La ocupación de Fiume sería una muestra, en cierta medida espontánea, de cómo los intervencionistas y los componentes del Partido Nacionalista tomaron en su mano la expansión italiana. Gabriele D'Annunzio capitaneó a un ejército de antiguos combatientes y evadidos de la justicia, e instituyó un Estado corporativo en Fiume.

Aunque tras la guerra de Etiopía, la Sociedad de Naciones impuso a Italia sanciones económicas, ésta intervino en la Guerra Civil Española, favoreciendo a las fuerzas de los sublevados contra el gobierno de la República. Su camino cada vez se acercaría más al de la política alemana. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Italia y Alemania estuvieron en el mismo bando.

La oposición al régimen de Mussolini

La supresión de los partidos políticos, la falta de libertad de expresión y la persecución de la policía política no impidió que la oposición democrática, socialista y comunista mantuviera algunas tácticas de lucha contra el régimen en el poder. En el interior del país, la furiosa represión política hizo que sólo fueran posibles actos terroristas y una táctica de infiltración en el seno de las organizaciones fascistas (fundamentalmente promovida por el Partido Comunista), que dio resultados positivos hasta 1940-1941. Los luchadores antifascistas acabaron sus vidas desterrados en el sur del país o en presidios.

Fuera de Italia, la oposición antifascista fue muy importante. Su principal objetivo consistió en denunciar, en el ámbito internacional, la naturaleza y los métodos del fascismo. Algunos de sus miembros se sumaron a la lucha internacional contra éste, como fue el caso de quienes ingresaron en las brigadas internacionales en la guerra de España. Sin embargo, la oposición, bien organizada en el exterior, con partidos y prensa funcionando, no tendría verdadera importancia real dentro del país sino hasta la invasión de Alemania en 1943. El triunfo de la resistencia y el final de la Segunda Guerra Mundial dieron paso a un régimen democrático que contaría con los cuadros formados en la oposición al fascismo.

El nazismo alemán

Alemania en la década de 1920

En comparación con Italia, Alemania retrasó una década la llegada al poder del Estado del régimen totalitario, lo cual hizo que los años veinte fueran un periodo bastante turbulento, donde las contradicciones entre las diversas clases de la sociedad se agudizaron al máximo.

Además hay que considerar los problemas que la derrota en la guerra había planteado. Alemania se vio obligada a ceder algunos de sus territorios, a renunciar a sus colonias, a entregar parte del material de guerra y su flota, y a mantener un ejército reducido. Lo anterior no sólo influyó en la economía, sino también, básicamente, en la creación de una sólida conciencia nacionalista que pretendía la recuperación de sus territorios y la autonomía para la toma de decisiones (sobre el número de hombres en su ejército, las disponibilidades económicas) que se arrogaron otras potencias.

Esa conciencia nacionalista fue uno de los rasgos más importantes y un factor aglutinante fundamental del movimiento nazi.

La nueva etapa se inauguró con la revolución espartaquista, clara heredera de los *soviets* rusos, que sería brutalmente reprimida hasta por los socialdemócratas. Sin embargo, la tensión social no decreció; más bien se agravó hasta 1923 por una crisis económica importante. Los créditos estadounidenses resolverían la situación hasta 1929, cuando la crisis de Wall Street arrastró a Alemania.

Políticamente, el periodo estuvo marcado por la coalición entre los socialdemócratas, el centro católico y el Partido Demócrata Alemán. Se regirían por la Constitución de Weimar, que preconizaba una república federal, parlamentaria y democrática. No obstante, la coalición fue atacada por la derecha: la burguesía nacionalista y los grandes industriales protestaron por la adopción de reformas favorables a la clase trabajadora; y por la izquierda, principalmente los comunistas, quienes, para defender sus conquistas, adoptaron una táctica insurreccional, llegando a proclamar una república de *soviets* en Munich. La extrema derecha empleó a los "cuerpos francos", con un alto grado de organización, formados por ex combatientes, al mando de oficiales que no se resignaban a la derrota, y que representaban un residuo de la antigua sociedad imperial, dedicados directamente al terrorismo político y a la provocación. Los asesinatos de socialistas, comunistas y políticos liberales fue común en estos años. Paralelo a ello hubo intentonas golpistas de la derecha, que en ocasiones fueron aplastadas gracias a las huelgas generales decretadas por las organizaciones obreras. El propio Hitler dirigió un golpe de Estado en Baviera en 1923.

Las fuerzas sociales antagónicas afirmaron cada vez más su papel correspondiente. En las elecciones de 1928, el Partido Socialdemócrata y el Comunista consiguieron, en total, 42 por ciento de los escaños.

Las causas del fracaso de la república las encontramos a diferentes niveles: en el plano económico, pese a la inyección de capital extranjero, subsistieron la crisis y el desempleo; políticamente, los frecuentes cambios de gobierno, la proliferación de los partidos y los personalismos favorecieron la inestabilidad que hizo al electorado desconfiar del régimen parlamentario. En esto incidieron negativamente las debilidades de la justicia ante los extremistas de la derecha y su dureza ante los izquierdistas: se consolidó el giro derechista que experimentó a lo largo de esta década de coalición.

El partido nazi hasta la toma del poder

Lo que más tarde se convertiría en el partido nazi tuvo sus orígenes en un oscuro grupo, llamado Partido Obrero Alemán, que en su programa se definía como nacionalista (a favor de la anulación de los tratados de paz) y antisemita (por la exclusión de los judíos de la comunidad). Un año después de su fundación (en 1919), y después de que Hitler ingresó en él, se denominó Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, nombre que conservaría durante toda su historia. Hitler fue desde el principio su jefe.

El partido pronto contaría con una “sesión de asalto”, la SA, encargada de mantener el orden en las reuniones y, sobre todo, atacar a los socialistas y comunistas. A lo largo de la década de 1920, Hitler incorporó al partido a quienes más tarde serían sus más fieles lugartenientes: Rosenberg, el teórico del nazismo; Himmler, jefe de política; Goering, durante mucho tiempo su segundo, y Rudolf Hess, su secretario personal. Se trataba desde el principio de un movimiento contrarrevolucionario y antiparlamentario. Lo primero quedó demostrado a lo largo de su historia y de sus alianzas; la escasa y ambigua fraseología socializante, que en ocasiones empleaba para atraerse a los trabajadores, no era más que un oportunismo de partido. El ala izquierda, que preconizaba ciertas medidas reformadoras y socializantes, pronto sería barrida. Lo segundo fue rápidamente comprobado: en noviembre de 1923 intentaron dar un golpe en Munich para acceder al poder, aunque fracasaron y Hitler cayó a prisión, y aprovechó para escribir allí lo que más tarde sería el libro guía de los nazis: *Mi lucha* (*Mein Kampf*).

Las doctrinas racistas, que dividían al mundo en razas inferiores y superiores, el antisemitismo, basado en antiguas tradiciones y en el odio hacia los grupos financieros en ocasiones judíos, y la obediencia absoluta a un jefe carismático, fueron algunos de los aspectos doctrinarios más destacados de los nazis. La crisis de 1929 favoreció que un movimiento poco importante hasta entonces en el panorama político alemán sirviera de aglutinante de todos los descontentos con la democracia parlamentaria, quienes estaban dispuestos a aceptar el programa del partido nazi.

La crisis de 1929 y el ascenso al poder

La depresión de 1929 repercutió profundamente en Alemania. La producción industrial experimentó un receso importante y el número de desempleados llegó a 6 millones en 1931. No sólo los asalariados y los campesinos sufrieron la depresión, también las pequeñas empresas fueron destruidas por la crisis y obligadas a ingresar en los grandes consorcios. Los pequeños campesinos, los comerciantes, los obreros y los empleados se resistieron profundamente, y los antagonismos sociales crecieron aún más. Los votos comunistas en esos años llegaron a 6 millones. En las elecciones de 1930, el partido nazi obtuvo 107 escaños —en vez de los 14 anteriores—, y 6.5 millones de votos. Esto suponía que los nazis se hicieron fuertes en la política alemana y comenzaron sus imposiciones, concretadas, entre otras, en el reconocimiento por parte del ejército de sus formaciones armadas. Sin embargo, el triunfo parlamentario no sonrió por completo a Hitler. No fue elegido presidente del *reich* por una diferencia de varios millones de votos. Las fuerzas parlamentarias, ante la radicalización de la sociedad, no encontraron espacio político donde asentarse y el mariscal Hindenburg se vio obligado a ceder el poder a un militar, el general Schleicher, quien pretendía excluir a comunistas y nazis, y aplicar medidas moderadas, en el ejército y los sindicatos, para imponer una dictadura corporativa. Sus tímidas intenciones reformadoras alarmaron a la gran burguesía, que recurrió a Hitler. Éste se entrevistó con los grandes oligarcas del régimen, banqueros (Schroder) e industriales (Krupp, Von Thyssen) y, alarmado además por la pérdida de escaños en las últimas elecciones, aceptó sus fondos y su programa. El capitalismo alemán estaría así estrechamente ligado a Hitler, quien fue nombrado canciller en enero de 1933.

Hitler en la cúspide del poder

El primer acto del dictador fue deshacerse de sus enemigos más importantes, los comunistas. Los nazis montaron un teatro, e incendiaron el Parlamento (*Reichstag*). Responsabilizaban a los comunistas y encarcelaron de inmediato a 4 mil miembros del Partido Comunista.

Su segunda actuación fue una convocatoria a elecciones. El partido nazi, provisionado por las arcas de los grandes industriales, se lanzó a una intensa campaña electoral y consiguieron 44 por ciento de los votos. Los comunistas, aunque obtuvieron 5 millones de votos, no permanecieron en el Parlamento por su prohibición como partido. Hitler se encontró casi sin oposición y fácilmente consiguió un decreto para gobernar durante cuatro años con plenos poderes.

Comenzó rápidamente el camino hacia el Estado totalitario. Los partidos de oposición fueron disueltos paulatinamente hasta llegar al partido único; la centralización aumentó; se creó una poderosa policía estatal, la Gestapo; comenzaron a funcionar los primeros campos de concentración; los sindicatos se suprimieron.

Las dificultades económicas se presentaron en 1934 junto a un gran descontento generalizado, el cual se manifestó básicamente en dos frentes: la burguesía liberal reclamaba una menor influencia de las milicias nazis y que se les aplicara justicia; y dentro del seno del partido nazi se oírían voces que reclamaban una “revolución nacionalista”, así como una menor dependencia de los grupos financieros. Hitler se puso del lado de estos últimos. Las manifestaciones de tímidas protestas le sirvieron para emprender una decidida *razzia*, contra el ala “socializante” de su propio partido y, al mismo tiempo, contra sus antiguos opositores, los políticos liberales. Hitler terminó con la oposición. Los nazis serían dueños absolutos.

El Estado totalitario

El *führer* detentaba el poder en su totalidad. El partido nazi le asistía en sus funciones, y gracias a su perfecta organización, jerarquizada, las órdenes se transmitían completamente hasta el último rincón del país. El partido fue siempre minoritario, pero había organizaciones claramente dependientes de él, de juventud, culturales, profesionales, etcétera, que facilitaron el sometimiento de toda la población. A través de tales organizaciones se inculcó la ideología nazi: el culto a la fuerza, la obediencia al jefe, la primacía de los arios. Goebbels controlaba directamente todos los medios de opinión: prensa, radio, publicaciones y cine. Las expurgaciones de libros y las grandes hogueras en las que se consumieron se volvieron un espectáculo cotidiano. Como en el caso italiano, lo mejor de la cultura alemana se exilió y quedó marginado: Einstein, Thomas Mann. Quienes lograron escapar a esta profunda ideologización se toparon con un Estado absolutamente policiaco. La Gestapo, las SS, originalmente tropas protectoras de Hitler, en 1936 eran 200 mil hombres que actuaban como un ejército dentro del ejército, perfectamente cohesionado en lo referente a su función política; los campos de concentración dirigidos por estos últimos, serían formas de “hacer volver a la razón” a quienes se opusieran al poder. Pronto los judíos sufrieron las estructuras represivas, después de una legislación cada vez más racista (negación de la ciudadanía y prohibición para desarrollar algunas profesiones) y de las que las SS pedían, ya en 1938, su liquidación total.

En la ideologización del conjunto de la población y en el Estado policiaco el partido nazi sobrepasó ampliamente a los fascistas italianos, creando en Alemania la dictadura más totalitaria de toda Europa.

La economía bajo el nazismo

Cuando Hitler tomó el poder, el país tenía 6 millones de desempleados y cierta paralización económica. Se impuso una política de estricto dirigismo, no por convicciones doctrinarias, sino por necesidad práctica. La ruptura con el programa de coalición de Weimar quedó marcada por el rechazo de cualquier socialización.

La política autárquica que decidió emprender el régimen no estaba sólo marcada por la necesidad de asegurar al país una total autonomía en tiempos de guerra, sino también por la necesidad del proceso económico mismo. En efecto, Alemania en 1933 tenía a sus espaldas una deuda exterior considerable y carecía de reservas económicas, lo cual le imposibilitaba llevar a cabo una política económica volcada al exterior.

Organizativamente, la economía alemana estaba férreamente dirigida por el Estado. Se adoptaron planes cuatrienales; el segundo de éstos estuvo específicamente orientado a la planificación y preparación de la guerra. La estructura capitalista no sólo se desarrolló, sino que se reforzó, a través de un gran impulso de la concentración. Desde el punto de vista organizativo, para evitar que los trabajadores intentaran impedir esta situación, los sindicatos fueron suprimidos y, al igual que en Italia, se sustituyeron por formas corporativas, manteniendo en un mismo organismo, el Frente del Trabajo, a obreros y a patrones.

La política general del nacionalsocialismo tendía a consolidar la alianza del gran capital monopolista con la propiedad territorial, pero con ventaja del primero.

Dictaduras europeas

A lo largo de la década de 1920 se produjeron en Europa una serie de movimientos autoritarios que, en la mayoría de las ocasiones, tomaron ejemplo de la Italia de Mussolini y pretendían, mediante gobiernos dictatoriales, civiles o militares, salvar a sus países de la crisis en que la guerra mundial y sus consecuencias las habían sumido.

En Portugal, en 1926, el general Carmona, junto con otros mandos del ejército, dio un golpe de Estado e impuso una dictadura de tipo corporativo que duró hasta abril de 1974.

En Polonia, también en 1926, Pilsudski concentró en seis meses todos los poderes, manteniendo formalmente el parlamentarismo. Sin embargo, gobernaba de forma autoritaria, restringiendo cada vez más las libertades, hasta que en 1935 una nueva Constitución puso fin al sistema parlamentario democrático.

En Austria, en 1933, Dollfuss, tras un periodo de importantes luchas sociales en el que los socialistas llegaron a tener un papel muy importante en el gobierno y la administración, de un golpe instauró una dictadura marcadamente fascista. Otros países europeos seguirían también esa vía.

En España, el general Primo de Rivera, con el apoyo del rey Alfonso XIII, suspendió la Constitución y el Parlamento, y gobernó con plenos poderes hasta 1930. Si bien nunca llegaría a ser una dictadura plenamente fascista, sí copió alguna de las manifestaciones del régimen mussoliniano: el corporativismo social y económico, una Asamblea Nacional Consultiva —que remedaba al Parlamento, aunque que era elegida por el gobierno y no cumplía ninguna función legislativa—, un partido único, la Unión Patriótica, que terminaría su vida al mismo tiempo que la del poder dictatorial.

Aunque España no participó directamente en la Primera Guerra Mundial, experimentó sus efectos, ya que su industrialización creció al producir para los países beligerantes. En ese sentido, al igual que otras naciones europeas, también sufrió una aguda crisis social en los años 1919-1923, de la que intentaría escapar sirviéndose de la dictadura.



Lecturas sugeridas

BURON, Thierry y Pascal Gauchon, *Los fascismos*, México, FCE, 1983.

MACLE SMITH, Denis, *Mussolini*, México, FCE, 1989.

NOLTE, Ernst, *El fascismo: de Mussolini a Hitler*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.

THORNTON, Michael, *El nazismo (1918-1945)*, Barcelona, Orbis, 1985.



¡Eureka!

La guerra de trincheras causó enorme sufrimiento físico y psíquico en aquellos que lo vivieron, pero también fue un enorme avance técnico provocado por las necesidades ofensivas y defensivas. Se perfeccionaron el *camuflaje* y armas automáticas como ametralladoras y artillería pesada. En septiembre de 1916 aparecen los tanques, vehículos que permiten pasar las trincheras, y se inicia la aviación de guerra. Los tanques tenían placas blindadas y fueron contruidos haciendo creer al enemigo que se trataba de depósitos de petróleo o de agua.

Lee historia

Discurso de Mussolini (3-1-1925) y anuncio de la dictadura



[...] Declaro aquí, delante de esta Asamblea y de todo el pueblo italiano, que asumo yo solo la responsabilidad política, moral e histórica de lo que ha ocurrido. (Aplausos incesantes. Grandes voces: "Todos contigo, todos contigo...")

[...] Si el fascismo no ha sido nada más que aceite de ricino y no la orgullosa posición de la mejor juventud italiana, sólo mía es la culpa. (Aplausos.) ¡Si el fascismo ha sido una asociación criminal, yo soy su jefe! (Aplausos incesantes. Se repiten los gritos anteriores.)

Si todas las violencias han sido el resultado de un cierto clima histórico, político y moral, yo tengo la responsabilidad, ya que este clima histórico, político y moral lo he creado yo mismo, con la propaganda hecha por la intervención en la guerra hasta nuestros días [...]

[...] Actualmente estoy convencido de que el problema será resuelto. El fascismo, gobierno y partido

son absolutamente eficaces. Señores, se han hecho ustedes ilusiones. Han creído que el fascismo estaba acabado porque yo lo retenía, que estaba muerto porque yo lo corregía y, sobre todo, han tenido ustedes la crueldad de decirlo. ¿Qué ocurrirá si me pongo a desarrollar sólo la centésima parte de la energía que he aplicado para frenarlo? Ustedes verán. [...]

No será necesario, ya que el gobierno es lo suficientemente fuerte para quebrar definitivamente la sedición del Aventino.

Italia, señores, quiere paz, tranquilidad y alma en el trabajo. Se la daremos, si es posible con cariño, si no por la fuerza. [...]

Bettelheim, Charles, *La economía alemana bajo el nazismo*, Madrid, Fundamentos, 1972.

Lee historia

Retrato de grupo con señora

Heinrich Böll

Caminamos tres días, cuatro días, por pueblos y campos, y casi nos volvimos locos de sed; éramos 5 mil hombres en un establo bajo el cielo abierto y seguíamos teniendo sed. Y cuando civiles pacíficos, nuestra propia gente, nos querían traer algo para beber o comer, no se les dejaba entrar —se les disparaba, simplemente—, y también cuando uno de nosotros se dirigía al encuentro de un paisano: ametralladora, muchacho, y ya estaba listo. Una mujer nos mandó hacia donde nosotros estábamos a una niña de unos cinco años con pan y leche, una pequeña Natascha dulce. Pensó que a una niña tan pequeña y tan bonita, con leche en un jarro y pan en la mano, no le harían nada, pero no —ametralladora—, y nuestra pequeña Natascha estaba tan muerta como todos los demás, y sobre el suelo había leche, y sangre, y pan. Así fuimos de Tarnowka hacia Uman, de Uman a Iwan-Gora, de Iwan-Gora a Saisin y de allí llegamos a Winnizia, luego a Schmerinka al siguiente día y seguimos hacia Rakowo, cerca de Prokurow; dos veces al día nos daban una floja sopa de guisantes —se ponía la perola en medio de la muchedumbre, y la muchedumbre eran 20 o hasta 30 mil—; y entonces a correr —con la mano teníamos que coger la sopa del cazo y sorberla como los perros, si nos llegaba algo—; a veces había zanahorias, hierbas o patatas hervidas, medio fermentadas; si te las comías, luego te agarraba un dolor de estómago, disentería, y estirabas la pata junto al camino. Estuvimos allí casi hasta marzo del 42; y



a veces había 800 o 900 muertos al día —entre palizas y escarnios, escarnios y palizas, y de vez en cuando disparaban contra la multitud—, e incluso cuando no tenían nada para darnos de comer, ¿por qué no dejaban a la pacífica gente del pueblo que nos quería traer algo? Luego, en la Krupp de Königsberg, me metieron en una fábrica de cadenas para tanque —11 horas por la noche de trabajo, 12 de día— y dormíamos en los retretes. Lo peor era ponerse enfermo o pasar por un perezoso: a los perezosos los entregaban a las SS, y si estabas enfermo y no podías trabajar más, entonces te mandaban al Hospital Militar Central: eran lugares de aniquilamiento, campos de exterminio disfrazados de hospitales, con cuatro veces más gente de la que cabía, llenos de porquería, y la ración diaria consistía en 250 gramos de algo parecido al pan y dos litros de sopa-potaje; ese pan consistía en su mayor parte en un sucedáneo de harina, y el sucedáneo de harina no era más que paja trinchada muy pequeña, pelaza y, mezcladas, hebras de madera —el salvado, el alforfón—; la paja irritaba los intestinos, y no era ninguna alimentación sino una desnutrición sistemática, y siempre palizas, escarnios, siempre con la porra encima.

NOTA. Describe el trato nazi a los prisioneros de guerra.

Böll, Heinrich, *Retrato de grupo con señora*, Barcelona, 1972.

3. Organicen un juicio político contra Hitler y contra algún personaje relevante actual.
